

cion, y las iglesias recibieron sus pastores: por todas partes se formaban nuevos establecimientos; y se llegó á esperar que las piadosas intenciones del soberano, tantas veces manifestadas, tendrían su cumplimiento.

Pio VII no gozó mucho tiempo del consuelo que le prometía la feliz calma que sucedía á tantas borrascas. La muerte quitó á la iglesia este pastor venerable el 20 de Agosto de 1823, pontífice augusto á quien sus desgracias y sus virtudes colocan en el rango de los pastores que han combatido mas generosamente por la fé, y sostenido con mas firmeza los derechos de la iglesia.

El cardenal Dellagenga le sucedió: elevado al pontificado el 28 de Septiembre del mismo año, tomó el nombre de Leon XII, y gobernó los asuntos de la iglesia con una rara prudencia. Su muerte acaecida el 10 de Febrero de 1829 fué la época de la reunion de un cónclave que dió el 31 de Marzo siguiente un nuevo pastor al rebaño de Jesucristo. El cardenal Castiglioni fué electo y su Santidad es quien ahora bajo el nombre de Pio VIII ocupa el trono pontifical.

REFLECSIONES SOBRE LOS ESCANDALOS.

Es necesario que haya escándalos, dice el mismo Jesucristo, esta es una de las pruebas á que quiere sujetar á sus siervos con el fin de hacerlos dignos de él: “vendrá un tiempo en que se resfriará la ca-

ridad, y abundará la iniquidad en todas partes.” Los vicios tienen su origen de las pasiones que la religion no destruye; enseña á sujetarlas, pero no quita la libertad de seguirlas: no debe pues admirarnos ver escándalos en la iglesia: esta es un campo en donde la zizana crece junta con el buen grano, hasta el tiempo de la cosecha: es una era, en donde la paja está mezclada con el grano: es una barca, en donde se encuentran reunidos buenos y malos peces. Todas estas comparaciones que el Evangelio emplea, nos anuncian que habrá en la iglesia abusos y desórdenes que no aprueba ni disimula; al contrario los llora, los condena y los detesta; y el cuidado de reprimirlos será siempre una parte de sus trabajos; pero no estará libre de ellos, sino hasta el fin del mundo. Mientras exista sobre la tierra habrá escándalos entre los fieles y aun entre sus ministros. Jesucristo prometió al cuerpo de los pastores la infalibilidad de su doctrina; pero no les ha prometido la santidad de su conducta. “Id, les dice, enseñad á todas las gentes, bautizándolas y amonestándolas que observen todo lo que os he mandado; y yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.” En virtud de esta promesa, Jesucristo está con los pastores para preservarlos de todo error; mas no para esceptuarlos de todo vicio. Aunque el buen ejemplo de los pastores es un excelente medio para predicar el Evangelio, dice el ilustre Bossuet, Dios no ha querido unir la señal precisa de la verdadera fé á la inocencia de sus costumbres, porque no puede esta inocencia conocerse; y tal hombre que parece un santo, no es sino un hipócrita; pero sí la ha unido á la profe-

sion de la doctrina que es pública, cierta y que nunca engaña: ha dicho: "yo estaré con vosotros enseñando;" pero no ha dicho: "yo estaré con vosotros practicando todo lo que os he mandado." Así añade hablando á los fieles: "haced lo que os dicen y no lo que hacen." Sin embargo, su predicacion no será sin efecto. Como la palabra de Dios es siempre profunda, y la gracia nunca deja de acompañar á la sana doctrina, ella producirá siempre santos; pero los santos serán algunas veces en pequeño número en comparacion de los pecadores; y lo maravilloso es, que la multitud de los que deshonran á la iglesia, no impedirá que subsista siempre; que por multiplicados que sean los desórdenes y los abusos, jamas podrán estinguirla ni oscurecerla; y que la barca no dejará de arribar al puerto aunque esté sobrecargada de malos peces: habrá, pues, escándalos en el reino de Jesucristo, pues que lo ha predicho; pero estos escándalos no impedirán que su Divina Magestad esté con su iglesia; y que la verdad que se predica en ella tenga su eficacia, porque así lo ha prometido. En efecto, en todos tiempos, aun los mas desgraciados, se encuentran grandes ejemplos de virtud: la moral del Evangelio ha sido siempre puesta en práctica por muchos cristianos de todos estados: cada siglo ha tenido modelos de santidad, pastores irreprehensibles, vírgenes puras, fervientes religiosos, cristianos fieles á sus deberes y verdaderos penitentes; porque despues del siglo undécimo en que la relajacion era tan grande, el deseo sincero de la penitencia es quien ha introducido tantas nuevas órdenes religiosas. Dios ha suscitado hombres extraordinarios para desper-

tar la piedad. La santidad de la iglesia consiste, pues, no en que todos sus miembros sean santos, en que su doctrina y sus sacramentos sean santos; sino en que hay siempre santos en su sociedad, y que encierra todos los santos en su unidad. La iglesia, dice el mismo Bossuet, es siempre santa, porque siempre enseña alta y visiblemente la buena doctrina sobre la santidad de las costumbres, y porque esta doctrina de piedad será puesta en práctica en todos los tiempos, aun en aquellos de mayor relajacion: así por grande que sea ó pueda ser la corrupcion que se imagine en las costumbres, no se puede decir que prevalece, pues que la regla de la verdad siempre subsiste íntegra: si hay en la iglesia desobedientes y rebeldes, habrá tambien santos y gentes virtuosas mientras subsista la predicacion del Evangelio: es decir, sin interrupcion y sin fin. "Es necesario juzgar de la santidad de la iglesia, dice San Agustin, no por los malos cristianos, sino por los buenos que siempre serán en gran número." La iglesia sufre á los pecadores por un tiempo como una paja que pone á cubierto el buen grano en la era; sería pues un error manifiesto el creer que las promesas de su eterna duracion no pueden cumplirse entre los abusos y los escándalos: aun aquellos mismos que vienen de parte de los ministros en nada perjudican al efecto de las promesas. Dios ha permitido que los gefes de la religion no fuesen siempre hombres sin tacha, porque la conservacion de su iglesia no depende de la santidad de sus pontífices, sino de la palabra que le ha dado de estar con ella hasta la consumacion de los siglos. La suerte de los imperios de la tierra es inherente á la

conducta de los príncipes que la gobiernan; pero no sucede así con la iglesia: es Dios mismo quien ha afirmado sus fundamentos y les ha dado tal consistencia, que ni los hombres ni los tiempos pueden conmovérselos: esta es la conclusion que es necesario sacar de ciertos puntos de la historia eclesiástica, en donde se vé que se han introducido grandes abusos en el seno del cristianismo: en lugar de tomar motivo de escándalo, debemós acordarnos que han sido predichos y que son una consecuencia del estado presente de la iglesia: ella no está aquí en el lugar de su reposo: su pátria es el cielo, la tierra no es para ella sino un lugar de pruebas, un país extraño en donde está rodeada de enemigos que se esfuerzan, aunque vanamente por quitarle lo que tiene de mas precioso, la verdad y la caridad. Por violentas que sean las tempestades no temamos que sea sumergida: el que manda á las olas y al mar, es el mismo piloto que la gobierna y la hará llegar al puerto. Nacidos y educados en el seno de esta iglesia, instruidos con su doctrina, santificados por sus sacramentos, nutridos en los principios de una inviolable adhesión á su fé y á su autoridad, edificuémonos con el bien que hay en ella, llorémos el mal que no podemos impedir y conservémos con cuidado la unidad de un mismo espíritu con los laicos de la paz.

el

CONCLUSION.



Los profetas habian predicho que el Mesias seria rey, que su dominio se estenderia por todo el universo y que su reino seria eterno: claramente vemos que este imperio de Jesucristo no es otra cosa que la iglesia que él ha establecido, y que este imperio es muy diferente de los reinos de la tierra: nada tiene de aquella brillantez que á la vista de los hombres hace mirar á los reinos como florecientes. En el imperio de Jesucristo el oro y la plata por nada se computan: la gloria vana de los hombres le es extraña, no tiene pompas, ni soldados y sin aparato alguno exterior: no tiene otras riquezas que las de la gracia, ni otra fuerza que la de la virtud: es un imperio enteramente espiritual el reino de la verdad y de la justicia, y su fin es iluminar á los hombres y santificarlos. Jesucristo reina sobre los espíritus por la fé, y sobre los corazones por la caridad. Los únicos enemigos de este imperio son los errores y los vicios: la iglesia está continuamente ocupada en combatirlos; pero no emplea para vencerlos mas que la instruccion y la paciencia: con estas armas está segura de la victoria. La iglesia cristiana se estiende por todos los pueblos; cualquiera que sea la forma de su gobierno entra en ellos y se les une sin mudar nada en el orden político que encuentra establecido: les comunica una nue-